

SEGUIMIENTO DE CRISTO DESDE LA IDENTIDAD CARISMÁTICA. DISCERNIMIENTO Y FORMACIÓN PERMANENTE

Rosí CASTAÑO GÓMEZ

No me habéis elegido vosotros a mí, sino
que yo os he elegido a vosotros (Jn 15,16)

Introducción

La permanencia en la Iglesia y en el mundo de las distintas familias religiosas está interpelando poderosamente la vigencia, la identidad y el carisma de los consagrados, sea cual sea la misión a la que cada una de ellas ha sido llamada. Y no es solo a causa de la falta de vocaciones, el envejecimiento de los religiosos, la generalizada secularización que se vive en estos tiempos de post-modernidad, la aparente irrelevancia social que parece atribuírsele a la Iglesia hoy, al relativismo o a la conciencia en no pocos de nuestros contemporáneos de que no hay verdades absolutas y atemporales a las que prestar asentimiento o adherir el corazón.

La abundancia de los documentos que sobre el tema se han dado a la luz desde el propio magisterio a partir del concilio Vaticano II, la abundante literatura que se ha publicado desde entonces y la misma convocatoria del reciente año dedicado a la vida consagrada por parte del papa Francisco, son ya un indicio del interés que despierta el tópico de la vida consagrada, la innegable crisis por la que atraviesa –crisis que va unida a la misma crisis de fe que vive el mundo contemporáneo– y los interrogantes que se le plantean respecto a su vigencia, permanencia y futuro en la Iglesia y en el mundo.

Porque lo que se puede decir de la fe, se puede decir también de la vida consagrada: «La espiritualidad de nuestro tiempo es la espiritualidad del Sábado Santo. Una espiritualidad de la confusión y la consternación, de la ineficacia y la impotencia, de la fe en medio de la oscuridad y de la fuerza de la esperanza. Es una espiritualidad que persevera cuando perseverar parece absolutamente

inútil»¹. Los consagrados y religiosos viven hoy, como muchos otros creyentes, esta espiritualidad de la certeza de la Pascua, a pesar de no encontrar fácilmente los signos precursores de la nueva vida, de la resurrección. Y cabe preguntarse si no ocurrirá que no somos, todos, capaces de verlos.

En el encuentro que el papa Francisco mantuvo con los superiores generales durante su asamblea general de noviembre de 2013, el papa les lanzó esta exhortación: «¡Despierten al mundo!»². Y en su carta apostólica publicada con ocasión del *Año de la Vida Consagrada* recordaba a los religiosos aquellas palabras de la exhortación apostólica postsinodal de san Juan Pablo II, *Vita consecrata*: «Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas» (VC 110).

¡Y vaya que el mundo necesita vigías que estén muy despiertos, atentos a los signos de los tiempos, prontos a cumplir la misión profética que es connatural en aquellos que Cristo ha llamado a seguirle! Y si fuerza es reconocer que todos los bautizados estamos llamados a ejercer nuestra función profética —«La radicalidad evangélica no es solamente de los religiosos: se pide a todos»³, nos dice el papa—, los religiosos y consagrados lo están de una manera específica y radical: «Los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar al mundo»⁴.

Son muchos los aspectos sobre los que se debe discernir en esta encrucijada en la que se encuentra la vida consagrada hoy. Sobre la propia identidad carismática, la inculturación del carisma en regiones geográficas donde la Iglesia está creciendo en número de vocaciones y de fieles, en una reconversión pastoral que haga creíble su presencia en el mundo y anuncie sin miedo y con audacia en medio de sus avatares la fuerza humanizadora del Evangelio.

Las familias religiosas están llamadas, asimismo, a discernir en cuestiones como la espiritualidad, el acompañamiento individual y comunitario, la vida fraterna en comunidad, la misión, la revitalización de las comunidades, los proyectos, los ministerios, la vida apostólica, la promoción vocacional, la adecuación de las estructuras a las necesidades en muchos aspectos inéditas que la Iglesia y la vida religiosa enfrentan hoy, etc. La lista puede ser muy larga. Muchos de estos

1 J. CHITTISTER, *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida consagrada hoy*, Santander, Sal Terrae, 1998, 64, citado en R. SOTCKAMN, *Ubi caritas. Afrontando la crisis de la vida religiosa*, Madrid, PCI, 2012, 12.

2 A. SPADARO, *La Civiltà Cattolica*, 2014, I, 3-17, transcripción disponible en http://www.laciviltacattolica.it/articoli_download/extra/Despierten_al_mundo.pdf

3 *Ibid.*

4 *Ibid.*

aspectos han sido señalados por fray Miguel Miró en su *Informe* sobre el estado de la Orden⁵.

Nosotros queremos suscitar una reflexión en torno a un aspecto que está en la esencia y en la naturaleza misma de la vida religiosa y a partir de cual todo se desencadena: *el seguimiento de Cristo en el consagrado*. Creemos que este seguimiento configura su identidad primera, su llamado y su carisma, más allá del espíritu propio infundido en cada familia religiosa por sus fundadores. Después de aquello que constituye al religioso como testigo, discípulo y enviado de Cristo viene, en efecto, la identidad carismática, a partir de la cual es lo que es, y ofrece la riqueza de su particular estilo de seguimiento de Cristo al servicio de la Iglesia en su cuidado y dedicación al pueblo de Dios.

Cuando pretendemos poner el acento en el seguimiento de Cristo no nos referimos exclusivamente al voto de los consejos evangélicos, sino al seguimiento de Cristo en una «consagración que es entrega agradecida, total y radical a aquel que hace posible esta vida, y da sentido a los votos como expresión de amor, no tanto o solo como renuncia ascética, [sino como] urgencia de sentirnos enviados en medio de los hombres y mujeres, especialmente a los despeñados, como ‘brazos alargados de Jesús’»⁶.

Se trata del *seguimiento de Cristo* frente a un mundo que, a pesar de todo, busca la conversión y sacar a la luz al hombre nuevo que emerge cuando, trascendiendo ese «olvido de Dios» que se ha instalado en la conciencia de muchos contemporáneos, se abre a la visión del Otro, del Infinito, del Absoluto, por el que clama su corazón insatisfecho aun sin comprenderlo o buscarlo de manera consciente⁷.

En efecto, intuimos que hay un más... Y que la miseria del hombre se deriva de una capacidad beatífica, abierta al infinito, pero nunca satisfecha; de un impulso que nunca alcanza su fin. «El hombre supera infinitamente al hombre», decía Pascal, porque «en el hombre hay algo más que hombre»⁸. En esa conciencia es donde surge la pregunta por Dios. Si no, «¿de dónde se despierta el horizonte del más? ¿Valores incondicionales, nostalgias íntimas, sueños irreductibles...?»⁹.

5 Cf. M. MIRÓ MIRÓ, *Informe del prior general sobre el estado de la Orden*, Roma 2016. En adelante citado como *Informe*.

6 J. M. ARREGUI GURIDI (coord.), *Una historia de amor. Seguir a Jesús en la vida consagrada hoy*, Estella, Verbo Divino, 2015, 9-10.

7 Cf. *conf.* 1,1,1, Madrid, BAC, 1979, 73.

8 B. PASCAL, *Pensamientos*, traducción de J. Llansó, Madrid, Alianza Editorial, 1981, n. 800.

9 J. GARRIDO, *Reflexión y diálogo para personas que buscan. 2. Aclaraciones necesarias*, Vitoria, EFAranzazu, 2012, 59.

Es el seguimiento, para el religioso y el consagrado, no en un aspecto particular –como decíamos, los consejos evangélicos vividos en un plano ascético–, sino la forma de participación gozosa, generosa, profunda, radical, en la vida, pasión y muerte de Jesús¹⁰. En efecto, la cruz también acompaña siempre al religioso, como no podía ser de otra forma, puesto que toda su vida es un configurarse con Cristo. Es lo que ha reconocido el papa al agradecer a los consagrados su testimonio y los mártires que constantemente dan a la Iglesia, así como las humillaciones por las que, con frecuencia, tienen que pasar en el camino de la cruz que los configura con Cristo¹¹.

Vamos, pues, a centrar nuestra reflexión en unos cuantos puntos que pretenden interpelar las conciencias para discernir cómo llama el Señor hoy a los consagrados a seguirle desde el ejemplo de su propia vida, en la profecía del amor, en la obediencia a la voluntad del Padre, en la gracia de ser hermanos, en el envío al mundo para resplandecer en él, para ser mediadores, sal y alegría de la tierra, para infundir en él una nueva esperanza, para retomar fuerzas desde la propia identidad carismática, para vivir en la espiritualidad de María, ejemplo y modelo de fidelidad y confianza.

Para ello, estructuramos estas reflexiones en tres apartados: 1. Algunos aspectos sobre lo que se ha de discernir; 2. Envío y misión; y 3. Espiritualidad de la vida consagrada.

1. Algunos aspectos sobre lo que se ha de discernir

Movidos por el Espíritu Santo (Lc 2,27)

Como muchos otros institutos, la Orden de Agustinos Recoletos está viviendo un proceso de revitalización y reestructuración que condicionará su futuro como familia religiosa. El *Informe* del prior general lo anuncia con valor y sin complacencias: «Ha llegado el momento de ver con humildad y realismo la situación en que nos encontramos. *Doy la voz de alarma* e invito a la reacción para confiar en el Señor y tomar las decisiones necesarias»¹².

10 Cf. J. RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor*, Salamanca, Sígueme, 2015, 177ss.

11 Cf. A. SPADARO, *a.c.*

12 *Informe...* 4-5.

Si se miran las cifras frías, no hay muchas razones para el optimismo. Sin embargo, a pesar de todo, hay lugar para la esperanza. El optimismo está ligado a nuestros esfuerzos, pero la esperanza tiene que ver con la confianza en Dios. La Orden ha de discernir y decidir de acuerdo con esos datos sin permitirles que determinen su futuro. Creemos que el punto medular está en modelar el carisma para que este sea capaz de dar una respuesta a los retos de nuestro tiempo. Y de ahí surgirán muchas preguntas que ya están en el ambiente y que irán guiando todo el proceso de discernimiento y las decisiones que finalmente se deberán tomar: ¿Qué se espera de la vida consagrada y de la Orden en particular? ¿Cómo responder a la invitación del papa de ir a las periferias para vivir y enculturar el evangelio desde el propio carisma? ¿Dónde se debería poner el acento? ¿Cuáles son las prioridades?

En ese contexto interno de mirarse a sí mismos para discernir y encontrar respuestas que orienten las decisiones, irrumpe el ambiente de desesperanza, sufrimiento y desamparo de las nuevas 'multitudes' que reclaman la atención que puede aportarles la vida consagrada. Como los hermanos de ayer, «los agustinos recoletos no queremos ofrecer resistencia a la acción del Espíritu Santo. También hoy, nosotros, como tantos agustinos recoletos lo han hecho a lo largo de la historia, hemos de vivir con coherencia y gratitud el carisma recibido y anunciar el Evangelio con pasión, esperanza y alegría»¹³. Ante el sentimiento de la propia vulnerabilidad, surge la pregunta: ¿de dónde sacar la inspiración y la fuerza?

a. Seguimiento de Cristo como profecía del amor

Los llamados a la vida consagrada han sido interpelados por el Resucitado de una manera especial para ser sus manos, sus brazos, sus entrañas de misericordia. Seguirle es don y tarea, gracia y esfuerzo, contemplación y lucha. Es realización y expresión de lo que estamos llamados a ser desde la entraña creatural en Cristo. Pero el consagrado siente de modo aún más radical el compromiso de seguirlo no solo en el talante —casto, pobre y obediente—, sino también en los valores y las actitudes, en su encarnación histórica, como *maestro que pasó por la vida haciendo el bien* (cf. Hch 10, 38), curando toda dolencia, decididamente solidario con los enfermos, los marginados y los oprimidos (cf. Mt 4, 23; Mc 1, 30-34; Lc 4, 40; 5, 12-13). Hoy hay muchas pobrezas y muchas enfermedades que reclaman de la

13 Informe... 6.

entera familia humana, y sin duda de los consagrados y consagradas en particular, una atención urgente. Porque esa es la esencia de la elección y del llamado que Cristo les ha hecho (cf. Jn 15, 16). Porque la consagración es ante todo iniciativa y don divinos, aunque después también sea respuesta libre del hombre.

Seguir a Cristo es encarnar sus actitudes, la generosidad, el desapego, el sacrificio, el olvidarse de sí para ocuparse de los otros. Es de hecho seguir a Cristo en su estilo de vida, su pasión y su cruz. El religioso se configura en tal grado con Cristo, se abisma en él de tal forma, que nada le bastará excepto convertirse en aquel a quien sigue, en aquel de quien es testigo y enviado: el misericordioso, el amante, el veraz; en aquel que dice: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10, 37). El papa Francisco se lo recordaba a los religiosos jóvenes en la clausura del *Año de la Vida Consagrada*:

Con el seguimiento del Señor, *Lux mundi*, que nuestros hermanos y hermanas de vida consagrada realizan hasta la imitación y progresiva identificación con Cristo, se convierten ellos mismos en *luz del mundo*, peregrinos de la fe y habitantes de esa ciudad que, puesta en lo alto de un monte, no se puede ocultar (cf. Mt 5, 14-16)¹⁴.

Así, el seguimiento de Cristo como epifanía del amor de Dios en el mundo se expresa en el «carácter profético de la vida consagrada, como *una forma de especial participación en la función profética de Cristo*. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal [...]. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad» (VC 84). Este es el ideario del consagrado, cuyo cumplimiento lo configura con Cristo, como exclama san Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2, 20).

El profeta es aquel que sabe discernir, porque conoce a los hombres y mujeres con los que va de camino y sabe de qué materia están hechos; y también de su lucha por alcanzar la plenitud a la que están llamados. Por eso exhorta y denuncia el mal y las injusticias que padecen, el pecado que los esclaviza, la explotación que los margina. Porque es libre y solo tiene que rendir cuentas a Dios.

El papa Francisco concluye con una exhortación que resume muy bien de qué forma los consagrados han de ser testigos creíbles de la profecía del amor encarnada en Jesucristo y que ellos están llamados a reproducir:

Que sean profetas de misericordia y profecía del amor de Dios que se nos ha manifestado en Jesucristo, el primer consagrado al Padre, y con el que los consagrados

¹⁴ FRANCISCO, *Jornada mundial de la vida consagrada 2016. Presentación, testimonios. El papa a los jóvenes consagrados*: www.conferenciaepiscopal.es.

se identifican en su forma de vida y en sus gestos inconfundibles, llenos de caridad, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, vistiendo al desnudo sin cerrarse a la propia carne, acogiendo al forastero y asistiendo a los enfermos, visitando a los presos de múltiples cárceles existenciales y dando sepultura a los que mueren y pasan de este mundo al Padre¹⁵.

Esta no es la única característica del consagrado, pero sí expresión de lo que está llamado a ser en el mundo: no «la mano de obra» de la Iglesia en la sociedad —que ya cuenta con muchas manos cualificadas para hacer lo que en otro tiempo solo ella realizaba—, sino una presencia abrasadora y vigilante, un paradigma de búsqueda y seguimiento, una mano amiga que sostiene, consuela y acompaña, un signo del alma humana y un catalizador de la conciencia en la sociedad en la que surgió y pervive.

El seguimiento de Jesús implica comunión de vida, que a su vez impulsa a la comunión de caminos: «Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho» (Jn 13, 15). Para el consagrado, este mandato consiste siempre, y más en esta encrucijada de la historia, en descifrar una y otra vez la profundidad y hondura de los gestos y las palabras de Jesús, en meditar su mensaje acogiendo su Espíritu, aprendiendo de su libertad, reinventado los caminos del mundo desde su memoria inquietante y subversiva¹⁶.

El discernimiento apunta, entonces, menos a lo que se hace y más a lo que se es. Por ahí nos parece que ha de encaminarse la reflexión y el discernimiento en esta hora de la historia de la Orden. Lo veremos al tratar sobre el carisma.

b. Revitalizar y comunicar nuestra identidad carismática

Preguntarse acerca de la identidad carismática de una familia religiosa carece de sentido si no es para responder a las preguntas acerca del valor que tiene hoy, en este momento de la historia, la vida consagrada; si es buena, si merece la pena vivirla, si es santificadora y si es hermosa, fundante y plena, para aquellos que aún la viven y para aquellos que se disponen a abrazarla. El cuestionamiento sobre su valor actual es mucho más difícil que la pregunta acerca de si la vida religiosa pasada fue buena o si la futura es posible. Es totalmente ocioso poner en tela de juicio su valor pasado, pues su legado cultural, arqueológico, social y

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ Cf. B. FERNÁNDEZ, «Seguimiento»: Á. APARICIO RODRÍGUEZ Y J. CANALS CASAS, *Diccionario teológico de la vida consagrada*, Madrid, PCI, 1989, 1633.

espiritual es de una importancia incalculable. Tampoco se adelanta mucho alimentando estériles controversias acerca de la forma en que habrá de sobrevivir en el futuro. Ninguna de las dos actitudes debería constituir una huida de la estimulante tarea de vivir el presente con su carga de objetivos por afianzar y construir.

Entonces la pregunta sería si el presente tiene o no un propósito y, si lo tiene, ¿cuál es? ¿Es posible, entonces, vivificar la vida religiosa? ¿Debe hacerse? ¿Queda algún fuego en estas cenizas?¹⁷. El papa Francisco sugiere la actitud más objetiva y sana: «Mirar al pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza»¹⁸. Como es natural, propone hacer una revisión de la identidad carismática de los fundadores:

El *Año de la vida consagrada* nos interpela sobre la fidelidad a la misión que se nos ha confiado. Nuestros ministerios, nuestras obras, nuestras presencias, ¿responden a lo que el Espíritu ha pedido a nuestros fundadores, son adecuados para abordar su finalidad en la sociedad y en la Iglesia de hoy? ¿Hay algo que hemos de cambiar? ¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanos a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender verdaderamente sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas?¹⁹.

Siempre el hombre se verá interpelado a saber quién es, de dónde viene y adónde va... Reflexionar sobre ello nos afianzará en la riqueza de nuestro rico legado espiritual, porque en él se encuentran y se reviven con más convencimiento y fervor los elementos esenciales de nuestra propia identidad carismática en aras de la purificación necesaria para vivirlo y enculturarlo en las nuevas tierras de misión donde la Orden está implantada y donde, frente a un occidente indiferente y cada vez más alejado de sus raíces cristianas, surge una Iglesia nueva que espera de nosotros un empeño misionero decidido, valiente y comprometido, de criterios humanos, espirituales y evangélicos firmes. Fundados en la fuerza del Espíritu que se derramó sobre nuestros fundadores y que es el rico patrimonio del que la Orden ha de sentirse depositaria agradecida.

Revitalizar ese carisma implica, sin duda, discernir lo que en nuestra vida de consagrados agustinos recoletos ha de ser actualizado, purificado y vivificado de nuevo. En los lineamientos de *Vita consecrata* así lo expresaba san Juan Pablo II, palabras que glosa fray Miguel Miró en su *Informe*:

Es preciso salvaguardar el sentido del propio carisma, promover la vida fraterna, estar atentos a las necesidades de la Iglesia tanto universal como particular, ocuparse de aquello que el mundo descuida, responder generosamente y con audacia, aunque

17 Cf. J. CHITTISTER, *El fuego...* 58.

18 FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, 1.

19 *Ibid.* 2.

sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobrezas, sobre todo en los lugares más abandonados (VC 63).

El carisma agustino recoleto en el espíritu de san Agustín, que ya tuvo un momento de revitalización en los orígenes de la recolección, ha de ser siempre custodiado, sin duda; pero también profundizado, desarrollado y enriquecido para que siga siendo experiencia del Espíritu en nuestra forma de vivir, transmita el Evangelio y sirva a la Iglesia. Como también dice fray Miguel Miró en su *Informe*: «Si al conocer el carisma y la historia de la Orden no encontramos en ellos la propia identidad y la raíz de nuestra vida presente y futura, no vamos a lograr la revitalización de la Orden que anhelamos»²⁰.

El papa Francisco da algunas pistas y dice que los consagrados «están obligados a repensar la enculturación del carisma; pues, aunque el carisma es uno, es necesario vivirlo según el lugar, los tiempos y las personas, con energía, releyéndolo también culturalmente. En efecto, no se puede formar a un religioso sin tener en cuenta su vida, su experiencia, su mentalidad, su contexto cultural. Es necesario enculturar el carisma, pero nunca relativizarlo, ni hacer de él algo rígido o uniforme»²¹. De ahí su consejo de introducir en el gobierno central de las órdenes y congregaciones personas de diferentes culturas que expresen modos diversos de vivir el carisma; es decir, de enculturarlos.

c. Búsqueda de la voluntad de Dios

El seguimiento de Cristo en la vida consagrada pasa necesariamente por el mandato de Jesús: «Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho» (Jn 13, 15). Es necesario discernir siempre, y en cada nueva etapa de nuestra vida, cómo hacer la voluntad del Padre. Una vez más, configuración con Cristo, obediente siempre y hasta el extremo (cf. Mt, 26, 42; Mc 3, 35; Lc 22, 43; Jn 4,39; 5, 30; 6, 38-39; 6,40), cuyo alimento fue hacer continuamente la voluntad de su Padre (cf. Jn 4, 34).

Para ello, dos caminos que se iluminan y se complementan mutuamente: el primero, la *escucha atenta y orante de la palabra de Dios*, leyéndola, meditándola, contemplándola, dándole un lugar en la propia vida; el segundo, *el discernimiento de los signos de los tiempos* para iluminar los acontecimientos desde esa

²⁰ *Informe...* 53.

²¹ A. APADARO, *a.c.*

escucha, desde Cristo, Palabra de Dios que siempre hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5; 2Co 5, 17).

La vida fraterna [...] es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón [...]. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de Él, al servicio del discernimiento y de la comunión (VC 92)²².

Para el creyente, discernir –no es tarea exclusiva de este, sino de la condición humana– es una constante que lo enfrenta a la necesidad de elegir, de decidir, de distinguir los valores de los contravalores, de adherirse a lo bueno y rechazar lo malo.

En la vida religiosa también el discernimiento es esencial y connatural. Y también lo es la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios. Para el religioso es el camino de la fidelidad a su vocación, al llamado del Señor y al logro de la vida plena y feliz a la que todos aspiramos. Así ha sido siempre. Pero hay momentos y tiempos. Probablemente no ha habido nunca en la historia de la humanidad, de la Iglesia y de la vida religiosa, tantas luces y sombras como ahora. La luz está ahí y quiere irradiar, la verdad impulsa desde el interior de las conciencias. Pero todo esto se da en un contexto humano, social, cultural, histórico de enormes convulsiones y conflictos (cf. LG 4-10).

Sin embargo, más allá de la búsqueda de la voluntad de Dios, que es condición para nuestra santificación, y, en el caso que nos ocupa, del discernimiento personal y comunitario del consagrado y religioso, está en definitiva la búsqueda de Dios. Buscar a Dios es un afán humano universal común a todas las culturas y tiempos. «Quien busca la verdad, busca a Dios», decía Edith Stein, y san Agustín, por su lado, fue un incansable buscador de la verdad.

Podemos decir que esa búsqueda es la única razón que da sentido a la vida religiosa, pues esta no es simplemente otra forma de vida, sino un modo de vida organizado deliberadamente para consagrarse a la búsqueda humana de Dios. De tal modo que hay una sola cosa que puede sostener, nutrir y legitimar la vida religiosa: el consagrado debe ser, en principio, ante todo y siempre, en cualquier circunstancia y lugar, alguien que busque a Dios y solo a Dios; vea a Dios y solo a Dios, en medio de esta confusión y de esta incertidumbre, y manifieste a Dios y solo a Dios, sea cual sea la situación existencial que le toque vivir²³. Si va hacia las periferias, los excluidos y marginados, y su vida es extender las manos para

²² Informe... 47.

²³ Cf. J. CHITTISTER, *El fuego...* 70ss.

brindar ayuda y ser los «brazos de Cristo», es porque, en el pobre y el necesitado, está viendo a Cristo, el rostro visible de Dios, a quien su corazón busca y anhela.

Si en esta hora de la historia el consagrado se ve asaltado por tantas dudas acerca del sentido de su vida, de su misión y de su ser en el mundo, de la fidelidad a su opción existencial, de la utilidad de su carisma en el mundo y en la Iglesia, que piense que su misión es la de alzarse como faro en la noche para que los hombres y mujeres con los que hace camino comprendan que la búsqueda de Dios es la única razón verdadera de los afanes humanos. Para que sepan, o lo recuerden aquellos que lo han olvidado, que esta búsqueda es, en definitiva, el último criterio de todo cuanto emprendemos o hacemos los humanos. De lo contrario, los consagrados con razón pueden pensar que la vida religiosa no es más que otra institución social a la que sucederán otras instituciones sociales, en lugar de ser centros de contemplación en los que el modo de pensar de Dios toca, afecta y se encarna en el corazón de los hombres, de este y de todos los tiempos.

Finalmente, esa es su tarea y su esperanza. ¡Nuestra esperanza! La de todos los que, de alguna manera, orbitamos en torno a las distintas familias religiosas que animan e impulsan la vida de la Iglesia. La aventura espiritual de la búsqueda de Dios en el tiempo, la construcción del Reino, la atención a Dios *donde él llora* y está presente, es decir en los hombres y mujeres de este momento de nuestra historia, impulsa la vida de los consagrados y religiosos, como lo ha hecho en el pasado y lo seguirá haciendo en el futuro, probablemente con estructuras humanas y eclesiales diferentes, y los impele a colocarse por delante de todos los demás objetivos de la vida, por dignos y loables que estos sean. Pues la búsqueda de Dios no tolera pactos con ninguna aspiración que no sea su presencia manifiesta aquí, en las instancias temporales, para esos hombres y mujeres, y en esa su aventura de transitar por la vida.

Discernir a la luz de los «signos de los tiempos» es dejar que, en el *chrónos* de todos los días, irrumpa el *kairós* donde Dios nos habla sin cesar y de muchas formas, y donde el discernimiento espiritual es un requisito para oír su voz. El *kairós*, donde acontece la plenitud de sentido, momentos y espacios para confiar, encrucijadas siempre maduras y propicias para discernir la voluntad de Dios, dueño y Señor de la historia.

Cuando observamos el tiempo a la luz de nuestra fe en ese Dios de la historia, en el Dios de la promesa —«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20)— nos percatamos de que los acontecimientos no son tan solo sucesos felices o desdichados, sino la obra paciente y artesana de Dios que interviene, porque no nos ha dejado solos y quiere moldear nuestro mundo y nuestras vidas²⁴.

24 Cf. *Ibid.*

Hablar de los signos de los tiempos es descubrir los signos de esperanza en nuestro tiempo, de coherencia entre el Evangelio y las esperanzas de los hombres. Si los signos de los tiempos son momentos de la historia a través de los cuales Dios se hace presente y habla a los hombres, y los creyentes, y la vida consagrada en particular, deben tomarlos en serio si no quieren correr el riesgo de perder el tren de la historia o dejar de oír la voz del Señor en esa misma historia, dando palos de ciego en lugar de respuestas evangélicas a cuanto están viviendo los hombres y mujeres de nuestra época²⁵.

Este momento de la historia, en el que la vida consagrada se ve interpelada en su significado y pertinencia para la Iglesia y el mundo, es tiempo de escrutar los signos de los tiempos para discernir qué quiere Dios de nosotros, para percibir su presencia en los acontecimientos que hemos vivido o dejado de vivir, para reconocer el terreno donde tiene lugar la obra buena de Dios en nosotros, para mirar el futuro con fe y esperanza. Porque sabemos de quién nos hemos fiado: «Donde realmente se pone en juego todo, es en la confianza»²⁶.

Javier Garrido propone una buena pedagogía de la confianza en Dios²⁷. No la vamos a exponer aquí, pero la sugerimos como un buen ejercicio para fundamentar nuestro proceso de discernimiento, siempre por realizar desde nuestro subsuelo humano, la certeza de la fidelidad de Dios a su proyecto del reino y su promesa de relación irrevocable con el hombre: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31, 33).

La vida consagrada tiene aquí una gran tarea por delante. Escrutar los signos de los tiempos también se hace a través de las mediaciones que son las organizaciones y las personas, con sus gozos y sus esperanzas, sus sueños y sus proyectos, sus logros, sus fracasos y sus frustraciones, porque nada sucede fuera de la voluntad de Dios. Solo hay que estar atentos al tiempo de Dios y a lo que él espera de nosotros en todo momento.

El concilio Vaticano II designa como «signos de los tiempos» los indicios significativos de la presencia y de la acción del Espíritu de Dios en la historia (cf. LG 4). En este momento de su andadura histórica, la Orden de Agustinos Recoletos sin duda habrá de escrutar en su presente, pero mirando con gratitud hacia su pasado y con ilusión y esperanza hacia su futuro, qué le dice esa presencia del Espíritu; pues es Dios quien los llamó y los envió al mundo, al igual que a Jesús.

25 Cf. J. RODRÍGUEZ CARBALLO, «El concilio Vaticano II: referencia luminosa para la vida consagrada»: J. M. ARREGUI (coord.), *Una historia de amor...* 54.

26 J. GARRIDO, *Reflexión y diálogo...* 47.

27 *Ibid.* 46-56.

Esta actitud de atenta escucha hará que la renovación, reestructuración y revitalización proyectadas no sean solo una iniciativa propia de la Orden, sino obediencia gozosa al Espíritu que sigue soplando con fuerza en los acontecimientos de nuestro presente y de nuestros proyectos futuros.

En ese contexto es preciso recordar que no somos nosotros, sino el Espíritu que purifica, ilumina y transforma por el amor al cristiano y al consagrado en persona espiritual (cf. Rm 5, 1-5: 1Cor 1,13), el artífice del verdadero discernimiento y su fuente última²⁸.

Finalmente, siempre hay que tener presente que la búsqueda de Dios, tan constitutiva y connatural a la vida consagrada en todas sus formas, nunca se podrá realizar alejándose o liberándose de la historia.

d. Vida fraterna en comunidad

Como en todos los campos de la vida de la Iglesia, la repercusión del concilio ha sido enorme. Para la vida consagrada supuso, sin duda, un giro copernicano al que muchos religiosos no han podido todavía adaptarse. ¡Y eso que ya han pasado cincuenta y un años desde su clausura!

La mayor aportación del concilio en el campo teológico y eclesial es el haber clarificado la noción de la Iglesia como *misterio de comunión y pueblo de Dios*, que equivale a fundamentar sus orígenes en el misterio trinitario –«Así toda la Iglesia aparece como el pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 2-4)– y en el misterio de Cristo (cf. LG 7). Esto es muy importante para comprender la hondura y el alcance de *la vida fraterna en comunidad* que caracteriza la vida consagrada y los retos que se le plantean hoy, a la vista de los avances de las ciencias humanas, del individualismo, de la autonomía y de los legítimos deseos de realización personal, de la apertura multicultural en las comunidades religiosas, etc.

Junto con la consagración y la misión, la vida fraterna en comunidad es uno de los tres pilares de la vida religiosa, ya que la *forma concreta* de estar en la Iglesia como religiosos al servicio de la comunión de los hombres es *la comunidad fraterna*²⁹. Esto fue fruto del concilio y, gracias a este esfuerzo, se pasó de comunidades observantes a fraternidades en las que se le otorga el primado a la

²⁸ *Ibíd.* 55.

²⁹ Cf. J. RATZINGER, *La fraternidad de los cristianos*, Salamanca, Sígueme, 1994.

persona y a las relaciones caracterizadas por el diálogo y la comunión fraterna. De comunidades marcadas por el ritmo de los horarios comunes a fraternidades en las que se brindan espacios considerables a las propias iniciativas. De comunidades intensamente piramidales a fraternidades en las que se favorece la sana autonomía y la corresponsabilidad. De comunidades monoculturales a fraternidades con una rica y variada muticulturalidad.

Así, ese tipo de vida en el seguimiento de Cristo bajo el primado del amor que impregna la vivencia misma de los consejos evangélicos dándoles sentido en la línea de la caridad fraterna, la comprensión, la compasión, la misericordia y el perdón, hace de los llamados a la vida consagrada testigos y servidores de la comunión en medio de los hombres.

La vida fraterna en comunidad de los consagrados y consagradas en los más diversos ámbitos humanos y geográficos donde han sido enviados puede convertirse en reflejo y testimonio vivo de la fraternidad y comunión a la que somos llamados todos los miembros de la gran familia humana, dado que, «mientras la sociedad occidental aplaude a la persona independiente, que sabe realizarse por sí misma, al individualista seguro de sí, el Evangelio requiere personas que, como el grano de trigo, sepan morir a sí mismas para que renazca la vida fraterna» (VFC 25).

Quizá es tiempo de discernir, en medio de este mundo convulso, cómo seguir siendo esos servidores de la Iglesia en medio del mundo como testigos de la comunión con Dios y de los hombres entre sí a través de la vida fraterna del consagrado. Pues la comunión eclesial no se agota en sí misma. Es, a su vez, un servicio para el mundo, donde muchos hombres aspiran a la unión y la colaboración entre las culturas y los pueblos para el bien del conjunto de la humanidad³⁰.

Desde este punto de vista, discernir se torna hoy una prioridad ineludible si en las nuevas coyunturas humanas y globales la fraternidad de los religiosos quiere servir a este fin. Esa es quizá la mayor aportación que hoy podría hacer la vida consagrada a los hombres y mujeres de la postmodernidad, aislados, individualistas, viviendo en soledad, incapacitados para salir de sí mismos e ir al encuentro del otro... ¡Unos hombres y mujeres tan necesitados de reaprender cómo vivir de nuevo la cercanía, la fraternidad y la comunión entre sí!

Más allá del horizonte inmediato, cada vez menos circunscrito a la propia familia religiosa, está otra cuestión plenamente actual: el diálogo ecuménico – cada vez más urgente y necesario– en la búsqueda de una definición convergente

30 Cf. F. RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, «En la Iglesia, servidores y testigos de la comunión en una comunidad fraterna»: G. AUGUSTIN (ed.), *Para Dios y para los demás. La vida consagrada en plenitud*, Santander, Sal Terrae, 2015, 47-48.

de la Iglesia que permita afrontar las diferencias más espinosas hacia la construcción de la unidad.

En efecto, «el concepto teológico de *koinonía*, se ha convertido así en la definición de Iglesia que permite el acontecer mismo de los diálogos, hasta el punto que hoy podemos contar con la existencia de una verdadera eclesiología ecuménica de comunión»³¹. Tampoco es esta una cuestión menor, y las órdenes religiosas presentes en los cinco continentes habrán de poner manos a la obra –ya lo están haciendo– para discernir lo que el espíritu les pide en esta hora de la historia; para aportar sus diferentes carismas en aras del advenimiento de la unidad de todos los cristianos, y en definitiva de todos hombres, todos hijos de Dios, que el Señor quiere en comunión de amor con él, «recogiéndolos desde todos los confines de la tierra» (cf. Jer 31, 8).

Finalmente, unas palabras sobre el talante que ha de brillar en el rostro del consagrado. El papa Francisco lo expone reiteradamente en los documentos que publica, en sus homilías y en esas intervenciones y coloquios espontáneos, frescos y desenfadados que tanto lo caracterizan. Y lo dice con tal contundencia («Donde hay religiosos, hay alegría»³²) que no es posible soslayar que, en una familia religiosa donde no se vive la alegría, algo de su más íntima esencia se ha perdido. Ya en el documento de la CIVCSVA, *La vida fraterna en comunidad*, se decía:

Aceptando con admiración y gratitud la realidad de la comunión divina, participada por las pobres criaturas, surge la convicción de que es necesario empeñarse en hacerla cada vez más visible por medio de la construcción de comunidades «llenas de gozo y del Espíritu Santo» (Hch 13,52) (VFC 11).

Como es obvio, el papa y la Escritura misma –«Estad alegres» (1Tes 5,16)– no hablan de una alegría ingenua y artificial, ni de que los religiosos deban estar siempre de buen humor. No. Los consagrados son hombres y mujeres insertos en el mundo, que viven los gozos y las esperanzas de este; con sus mismas dudas, inseguridades, zozobra y desazón. Como todos los demás hombres y mujeres, también ellos experimentan dificultades, noches oscuras del espíritu, fracasos, ingratitud, decepciones, dudas acerca de sus vidas gastadas cuando llega la ancianidad, el dolor y la enfermedad, cuando ya no queda horizonte, y muy poca esperanza.

Se trata, por tanto, y ese es el arte y la esencia de la vida religiosa, de vivir e irradiar el gozo y la alegría que brotan de la fe, del saberse hijos amados de Dios, a pesar de esa dolorosa experiencia de «inserción plena en el mundo», hecha de dolor y llanto, de fuerza y fragilidad, de sueños y desencantos, de logros y frustraciones.

31 J. M. R. TILLARD, «Vers une ecclésiologie oecuménique de communion»: *Proche-Orient Chrétien* 50 (2000) 229-245, citado por F. RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, «En la Iglesia...» 50.

32 FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, 2.1.

Sin descalificar el psicologismo que quizá ha invadido en exceso la formación y el acompañamiento de la vida religiosa en las últimas décadas –bueno en sí mismo para una mejor comprensión de la psicología humana–, quizá esta deba preguntarse si la psicología y la sociología no han sustituido, en la autocomprensión de la vida religiosa, la espiritualidad fundada en el Evangelio, que antes que nada es seguimiento y configuración con Cristo.

Pero es cierto que el gozo como la tristeza no se decretan ni se viven por mandato. Cada uno de nosotros debe asumir la responsabilidad de sentir o no regocijo en su vida. Y es cierto también que la alegría cristiana, la alegría en el espíritu, es un don de Dios. Sin embargo, crear las condiciones para recibir e irradiar ese don depende decisivamente de nosotros mismos. Dice la sabiduría popular: «Un cristiano triste es un triste cristiano».

Se trata, por consiguiente, en la mente del papa, de la *alegría en el Espíritu*, del gozo por la vida nueva, del gozo de la fe. Porque los que creen en Cristo y viven en la estela de la configuración con él ya tienen en sí mismos la plenitud de su gozo (cf. Jn 17, 13). Según san Pablo, la alegría es característica esencial de los tiempos mesiánicos y el consagrado lleva al mundo su certeza de que ya el Reino de Dios ha irrumpido en la historia, en el mundo por donde transitan los hombres. En el evangelio de Juan, la alegría designa la existencia cristiana como tal (cf. Jn 14, 16-20); una alegría que nace de la presencia del Resucitado entre los creyentes. De ahí que la alegría evangélica se configure como un dinamismo operativo que la eleva a categoría de principio generador del crecimiento del cuerpo de Cristo.

Así pues, la alegría es una fuerza vital que empuja a la Iglesia hacia delante. Es la plenitud de Cristo que la impulsa a caminar hasta alcanzar la medida de su talla y madurez (cf. Ef 4, 13). Eso es precisamente lo que los consagrados deben ser –«¡Estad alegres!» (Fil 4, 4)– en medio del mundo.

Si la fuente de esa alegría es Dios mismo, como lo recuerda el papa Francisco, los consagrados están llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar sus corazones y hacerlos felices, sin necesidad de buscar su felicidad en otro lado, ya que la auténtica fraternidad vivida en sus comunidades alimenta su alegría. Así, su entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, los realiza como personas y da plenitud a sus vidas³³.

Una buena lección para todos los religiosos y consagrados será entonces yuxtaponer la alegría de la fe, el gozo en el Espíritu, al cumplimiento de su misión, al servicio a los hermanos, al acompañamiento de tantas pobreza que les salen al paso cuando caminan con y para los hombres a los que Cristo les ha enviado a consolar.

33 *Ibid.* 2.1.

En este, como en todos los demás aspectos señalados hasta aquí, se impone una reflexión profunda sobre la identidad y la misión de los consagrados a fin de que estos puedan ofrecer bases firmes e innovadoras para una renovación de la vida religiosa que esté a la altura de los tiempos. Sin duda que todo este proceso pasa por una auténtica renovación en el Espíritu del Evangelio. ¿Cuánta de esa alegría fontal irradian realmente hoy las personas que integran nuestros institutos religiosos? ¿No estarán más centrados en mirar con pesimismo el futuro en vez de renovar la alegría de lo que son esencialmente y en el presente, para proyectar su futuro con esa esperanza a la que los invita el papa Francisco, y en esa confianza en el misterio de los designios divinos que siempre está más allá de lo que puede ver nuestra estrecha y miope fragilidad humana?

Los documentos magisteriales de estos últimos años son ricos en sugerencias e indicaciones útiles para la convivencia comunitaria plena, gozosa y feliz: alegre y sencilla humildad, sinceridad y confianza mutua, capacidad de diálogo, adhesión sincera a una benéfica disciplina comunitaria, gozo en aunar habilidades y talentos para tender puentes, ser testimonio de la fuerza dinamizadora, integradora y humanizadora del Evangelio en medio del mundo, invitación a compartir con los hombres y mujeres de este tiempo su experiencia transformante y transformadora de Dios. ¿No es ese el ejemplo que han de irradiar los religiosos y consagrados hacia nuestras comunidades, nuestros niños, jóvenes y ancianos, hacia las maltrechas, disueltas o rotas familias a las que están llamados a acompañar?

Parece que el grado de satisfacción de los que viven en comunidad es, como todo lo humano, fluctuante... El discernimiento personal y comunitario debería llevar a descubrir el camino y el método para afianzarla y ofrecerla como espacio de pertenencia, maduración personal, inspiración, compromiso y gozo. Una buena forma de ser creíble, y apetecible, por aquellos que están pensando en incorporarse a la vida consagrada.

2. Envío y misión. Retos de una conversión pastoral

Enviados a dar fruto (cf. Jn 15,5)

Ya hemos visto cómo el concilio reactivó y formuló para nuestro tiempo el concepto de Iglesia como *misterio de comunión y pueblo de Dios*. También trabajó intensamente en elaborar una eclesiología de la misión (cf. LG, GS, AG). Sin duda, la misión es fundamental en la vida de la Iglesia. Siempre resonará en sus oídos el «Id y predicad...» (cf. Mt 28, 19) de Jesucristo. ¿Lo es también para

la vida consagrada, para *toda* la vida consagrada? Si no es así, ¿cómo hay que comprender la misión, especialmente en la vida contemplativa o de cada instituto particular? Parece obvio que esta se ha de considerar según su propio carisma y en el marco de la misión específica de la vida consagrada dentro de la misión fundamental de la Iglesia.

Discernir en esta hora de la historia sería, entonces, preguntarse por la misión que ha de realizar la Orden de Agustinos Recoletos hoy, en el contexto de la sociedad actual, en los diferentes ámbitos humanos, sociales, culturales y geográficos en los que está implantada. ¿Qué misión desarrollar? ¿Qué ministerios se han de potenciar, cuáles habría que abandonar? ¿Cómo asociar a los seglares y compartir con ellos tareas comunes? ¿Cómo asumir juntos los retos de la modernidad, el acompañamiento, la catequesis, la atención a las familias, a los jóvenes, a los niños, a los ancianos, cada vez más numerosos en nuestra sociedad y nuestras comunidades? ¿Cómo trabajar con los alejados, los indiferentes, los agnósticos, los que han erradicado hasta el concepto de Dios de sus vidas? ¿Cómo consolar a los tristes, a los abandonados? ¿Cómo acompañar la soledad de tantas familias rotas, de tantos hombres y mujeres olvidados, sin más compañía en sus hogares vacíos que la televisión, la radio o sus mascotas? ¿Cómo transmitir el mensaje humanizador del Evangelio a aquellos que han perdido el sentido de la vida? ¿Cómo atender las pobrezas de nuestro tiempo? ¿Cómo llegar a las *periferias existenciales* a las que nos convoca el papa sencillamente porque estas interpelan desde nuestra pertenencia a la condición humana? ¿Con qué fuerzas contamos para asumir esa tarea? ¿Quién nos puede ayudar a asumirla? ¿Cómo, con qué medios, con qué métodos?

Las preguntas se clavan dolorosamente en el alma... Porque nos sabemos portadores de un mensaje de alegría y esperanza, y nos sentimos impotentes y maniatados. Carentes de medios y de fuerzas para llegar a todos los que podrían ver sus vidas transformadas si hubiera alguien que les glosara y transmitiera la experiencia fundante y humanizadora de ese mensaje (cf. Hch 8, 26-31).

Sabemos que son preguntas provocadoras, que muchas ya se han formulado, que se buscan respuestas institucionales... Sin duda la Orden tendrá que seguir reflexionando y discerniendo... En la base, las comunidades y los ministerios ya están respondiendo activamente, pero queda mucho por hacer... Y muchas realidades que no entran aún en nuestro trabajo pastoral. La inspiración para responder a esos retos está en la fuerza dinamizadora del mismo Evangelio, que «siempre nos apremia» (cf. 2Cor 5, 14); en la vitalidad y fuerza renovadora del carisma que la identifica y que impulsó, y seguirá impulsado, la recolección agustiniana, y la fuerza de atracción que tiene una profunda experiencia de encuentro personal con Dios.

Lo que es incuestionable es la fidelidad al carisma. El papa Francisco lo ha señalado de muchas formas y reiteradamente. Así, ricos de sus respectivos carismas, los consagrados son «llamados y enviados». Fray Miguel Miró lo ha señalado insistentemente en su *Informe*, pues, como todos los consagrados, también los agustinos recoletos, desde el llamado de Cristo a seguirlo, desde su consagración y su identidad específica dentro de la Iglesia, son enviados al mundo para resplandecer en él, para ser mediadores, sal y alegría de la tierra, para llevarle esperanza³⁴.

La Iglesia tiene que plantearse hoy una necesaria *conversión pastoral*. Esta deberá estar adaptada a lo que el mundo le pide en cada ámbito geográfico, en los distintos lugares de misión donde tiene presencia. Esto se aplica también a la vida religiosa, ya que los consagrados y las consagradas son instrumentos, ‘cómplices’ del Espíritu Santo en la misión que él mismo protagoniza.

Pero la misión no es exclusiva de los consagrados. Enviados somos todos los creyentes. Dios tiene un plan y un propósito para cada uno de nosotros y los creyentes en especial deberíamos sentirnos llamados a trabajar en pro del respeto, la promoción y el acompañamiento de toda existencia humana. De ahí una comprensión de la misión integradora, para que la realicemos de manera compartida: toda la Iglesia, incluida la vida consagrada y los seculares, conscientes de nuestro deber de cumplir cabalmente con nuestro compromiso bautismal.

Cuando hablamos de conversión pastoral estamos pensando, especialmente en este *Año de la misericordia*, en una Iglesia llamada a encarnar la misericordia de Dios en medio del mundo, con una mirada compasiva y un acercamiento desde el amor profético de Cristo a todos los que sufren, los hombres y mujeres de nuestro tiempo, aquejados de tantas pobreza. Se trata de una conversión que lleve a toda la Iglesia en general a asumirse ante el mundo sin privilegios, con sencillez, cordialidad y normalidad. Que supere el aburguesamiento, deponga su actitud defensiva respecto a la sociedad, deje su zona de confort y se asuma como portadora de un mensaje que no es de condenación, sino de salvación.

Una vida consagrada que sienta la alegría de anunciar el Evangelio, siempre en camino, peregrina, nómada, dinámica y creativa. Más preocupada por lo testimonial que por lo institucional. Que con el gozoso anuncio del Evangelio, dondequiera que lo proclame, sea escuela de humanidad, humanizadora y solidaria, fraterna y servicial. Una vida consagrada que opte decididamente por la misión y no el mantenimiento, o simplemente el repliegue resignado sobre sí misma al ver que menguan sus fuerzas y sus miembros. Una vida consagrada en misión, que

34 Cf. *Informe*, 6, 31ss., 92, 117ss., 177ss.

acompañe procesos, que recupere su rostro de alegría y ternura. Una vida consagrada integradora e incluyente que se sume y colabore con todos los hombres y mujeres involucrados en los proyectos de liberación que existen en la sociedad.

En medio del mundo y en compañía de los hombres y mujeres que son sus compañeros de camino, la Iglesia y la vida consagrada han de volver a lo esencial. Porque, ante tantos ataques de que es objeto, el desprestigio por la infidelidad y los escándalos de algunos de sus miembros, la increencia o la indiferencia religiosa del mundo, podríamos decir con Dolores Aleixandre:

Lo que nos urge hoy es la vuelta a Jesús, la vuelta al Evangelio que sigue teniendo un inmenso poder de sugestión, de atracción y de asombro, que redime lo que tenemos, eclesialmente, de apagado y desvaído³⁵.

Volver a lo esencial es abrir las manos y soltar lo accesorio; es poner de nuevo a la persona de Cristo en el centro, como «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Si la Iglesia quiere ser con audacia y sin complejos esa escuela de humanidad que está llamada a ser, con los brazos, los pies y la voz que son los consagrados, solo tiene un modelo: ¡Jesucristo! No hay ningún otro *que revele como él el hombre al propio hombre* (cf. GS 22).

Ante la dolorosa conciencia de fragilidad y pequeñez, el ideal comunitario no debe hacer olvidar a la vida consagrada que toda realidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana. La ‘comunidad ideal’ perfecta no existe. La perfecta comunión de los santos es la meta en la Jerusalén celeste. Nuestro tiempo es de edificación y de construcción continuas, ya que siempre es posible mejorar y caminar juntos hacia la comunidad que sabe vivir el perdón y el amor. Las comunidades, por tanto, no pueden evitar todos los conflictos; la unidad que han de construir se establece al precio de la reconciliación. La situación de imperfección, envejecimiento, enfermedad, falta de vocaciones, etc., de las comunidades no debe descorazonarnos (cf. VFC 26).

35 *Entrevista de José Manuel Vidal a Dolores Aleixandre*, 16 de marzo de 2012, en http://www.periodistadigital.com/religion/opinion/2012/03/16/_dolores-aleixandre-iglesia-religion-iglesia-monja-religion-jesus-papa-obispos-vida-religiosa-mujer.shtml

3. Espiritualidad de la vida consagrada

*Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos.
El que permanece en mí y yo en él dará mucho fruto;
porque, separados de mí, nada podéis hacer.
La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto,
y seáis mis discípulos (Jn 15, 5.8)*

Ante las dificultades que la vida consagrada encuentra hoy para seguir perseverando en el seguimiento de Cristo y cumplir con la misión y la tarea que el Espíritu le ha confiado, hay un camino que ya los discípulos recorrieron antes de la Pascua y que no deja de ser paradigmático, hoy como entonces. Vale la pena recordarlo.

Los primeros discípulos tocaron fondo con la muerte de su maestro y se sintieron desesperanzados, abatidos y fracasados. Se dispersaron y, días después, los vemos de nuevo reunidos, pero escondidos por miedo a los judíos (cf. Jn 20, 19ss.). En esa radical experiencia humana del límite, sin expectativas, decepcionados, escépticos en cuanto a la posibilidad de la llegada del Reino, les sale al encuentro el Resucitado. Esa presencia los transforma y su Espíritu los conduce al peregrinaje interior de la fe. Reconocen en esa presencia al Crucificado, su Señor. Y entonces comprenden todas sus palabras.

La fe los abre a una nueva realidad, que no niega lo que son, pero les otorga una mirada capaz de leer su historia con otra luz. Una luz que trasciende esos límites de fracaso y desesperanza, y les hace experimentar «al que vive» (cf. Lc 24, 23). La realidad no cambia, pero el Espíritu realiza en ellos las promesas de Jesús y viven la alegría que nadie les puede quitar, la paz sin condiciones y la vida en abundancia.

En esta remembranza de la experiencia pascual de los discípulos se pueden rescatar muchos elementos para iluminar este momento de la vida consagrada. Como ellos, necesita reconocer la presencia de Jesús Resucitado para salir de sí misma, abrir las puertas, dejar de tener miedo al futuro y creer que en Cristo siempre es posible un nuevo comienzo³⁶.

El don del Espíritu, para quien se deja transformar por él, hace testigos del Resucitado e impulsa a lanzarse a anunciarlo con la entrega de la propia vida. A

³⁶ Cf. E. M. LÉTHEL, I. FUKASAWA, M. I. RUPNIK, *Profecía de amor. La vida consagrada, testimonio de misericordia*, Madrid, BAC, 2015, 49-50.

pesar de lo que piensen los escépticos, o los incrédulos, o los indiferentes..., no es exagerado decir que es lo que acontece para la edificación de la vida del mundo y la salvación del género humano con el testimonio vivo de la vida consagrada.

La espiritualidad del consagrado se nutre de la escucha de la Palabra de Dios y está diseñada para que, a través de dicha escucha, de la ascesis –elemento importante de la vida consagrada– frente a la búsqueda hedonista de nuestro mundo, del silencio sonoro donde Dios habla, de la soledad, del trabajo apostólico humilde y callado, de la oración personal y comunitaria y de la obediencia, los hermanos se unan al Cristo místico y entre sí. De este modo, con su estilo de vida, están llamados a poner sus almas bajo el completo dominio del Espíritu Santo para que su soplo los lleve adonde él quiera³⁷.

Para la vida consagrada, mantener viva la voz de Dios es condición indispensable para avivar las brasas que aún guardan el rescoldo del fuego que ha de arder en la generación siguiente. El religioso que no nutre su vida del Evangelio a causa del trabajo pastoral que realiza, está apagando esa llama en su interior,

pues el que no presta atención a su vida espiritual carece de ella, por buena que sea la motivación, por competente que resulte el ejercicio profesional, por loables que sean las obras en las que trabaja. Sin un compromiso con la vida espiritual no enterraremos brasas para el futuro, no encenderemos ningún fuego, no dejaremos ningún rescoldo para avivar la búsqueda de quienes vengan detrás³⁸.

Desde la búsqueda de Dios y la configuración con Cristo, que es la quintaesencia de la vida consagrada y también el testimonio que hoy espera de ella el mundo, esta tiene la oportunidad de empezar de nuevo, profundizando en el Evangelio, buscando en la contundencia subversiva de su mensaje las respuestas que está buscando para encarar su futuro.

Las palabras de Joan Chittister suenan proféticas en los oídos de los consagrados, y también en las de todos los hombres y mujeres, especialmente de los que buscan al Dios de Jesús con sincero corazón. La pregunta que plantea un desafío a la sociedad actual no es si la vida religiosa tiene algún valor, porque, mientras lo tenga el Evangelio, lo tendrá también ella; sino más bien el hecho de que genere dentro de sí misma una reserva espiritual que la ayude a superar todas las barreras eclesiales y estatales con paz en el corazón y serenidad en la vida, conscientes de que las preguntas que la acosan no son solo de ella³⁹.

37 Cf. T. MERTON, «El camino monástico» (1977): W. H. SHANNON, CH. M. BOCHEN Y P. F. O'CONNELL, *Diccionario de Thomas Merton*, Revista *Cistercium*, Conferencia Regional Española Cisterciense, Burgos 2015, 217-218.

38 J. CHITTISTER, *El fuego...* 73.

39 *Ibid.* 78-79.

Estas palabras interpelan también a todos los hombres y mujeres de este tiempo, con la urgencia del sentimiento de que todos tenemos que vivir el fin de una era y el advenimiento de otra cuyos retos se nos antojan insuperables, puesto que exceden sobrehumanamente nuestra fragilidad y pequeñez.

Finamente, las comunidades religiosas, que anuncian con el seguimiento de Cristo en su estilo de vida, en su entrega libre y generosa al servicio del Evangelio para la edificación y humanización plena de todos los hombres y mujeres, con el gozo y el valor humano y sobrenatural de la fraternidad cristiana, manifiestan a nuestra sociedad, con la elocuencia de los hechos, la fuerza transformadora de la Buena Nueva en la persona de Cristo Jesús (cf. LG 1; VFC 26).

Porque el seguimiento de Cristo, especialmente en su invitación a edificar la comunidad fraterna junto al Señor, a ejemplo de aquel primer puñado de discípulos enviados a transformar el mundo, es uno de los pilares de la vida consagrada. Esto no se logra sino con cotidiana paciencia, transitando por el camino de la cruz que supone frecuentes y dolorosas renunciadas a sí mismo (cf. VFC 71).

Conclusión

Con sus preguntas y sugerencias, y algunos atisbos de repuesta, estas reflexiones solo quieren ser una provocación, una ocasión para el diálogo y el encuentro de los religiosos y consagrados de hoy, y con todo cariño, especialmente para nuestros hermanos los religiosos y religiosas de la Orden de Agustinos Recoletos.

En efecto, toda la vida consagrada está, como todas las instituciones y organizaciones humanas de este momento, impelidas a renovarse, a reflexionar sobre su futuro, mirando con agradecimiento el pasado para encontrar en él nuevas fuentes de inspiración y hacia el futuro con confianza en la misericordia y la providencia divinas que siempre acompañan el peregrinar humano.

En ese contexto, y ante tamaño reto, los agustinos recoletos se ven obligados a reflexionar sobre su identidad carismática, el significado de su misión, su vida fraterna, la imagen que de sí mismos proyectan hacia el mundo y la esencia misma de su espiritualidad. Porque se necesita una ardiente santidad para vivir la consagración religiosa hoy, en su forma presente, frente a la antigua y muy digna de respeto, y la nueva que surge, que no le tocará ver a esta generación; pero que sabemos, desde la esperanza profética, que otros hermanos edificarán para seguir siendo testigos y profetas del Resucitado en el mundo que está por venir.

En el tiempo que nos toca encarnarlo hoy, vertiginosamente cambiante y de grave transición y encrucijada históricas, esa santidad pervive en los consagrados

que, llenos del Espíritu e inflamados de vida, mantienen su lámpara encendida. Ellos hacen posible que perviva el rescoldo de la auténtica vida espiritual contemporánea, ¡y harán también posible que sobreviva en la que se configurará en el futuro!⁴⁰.

Si trasladamos estos imperativos a nuestro presente, aun después de los más de cincuenta años transcurridos desde la clausura del concilio, que tanto entusiasmo despertó y que tan grávido de esperanzas se presentó para la Iglesia y el mundo, hemos de reconocer que la tarea tiene que empezar a realizarse de nuevo. ¿O es que se agotó en el post-concilio? ¿Se consumieron y concluyeron las adaptaciones que el mundo cambiante de entonces, como el de ahora, requería? ¡No! El soplo del Espíritu que el concilio supuso no se ha extinguido. Los retos siguen ahí y la tarea de discernir sigue vigente. ¿De qué otra forma podría ser, si todo lo humano es dinámico dada su vitalidad?

Ayer como hoy la consigna, ya lo hemos visto, es volver a lo esencial. De la estrecha comunión con Cristo, centro de su vida —«Injertados como el sarmiento en la vid» (cf. Jn 15, 5)— es de donde la vida consagrada extraerá su juventud en la Iglesia y en el mundo. Y con Cristo, el Evangelio, para vivirlo con radicalidad y llevarlo a ese mundo, pues para los consagrados este ha sido, y seguirá siendo, la regla absoluta de su ser y de su hacer. Cualquier otra regla o manera de configurarse como instituto religioso sería solo «una expresión del Evangelio y un instrumento para vivirlo en plenitud»⁴¹.

Han sido muchos los frutos del concilio y lo que el magisterio y la reflexión teológica posteriores han aportado para dar luz sobre esta realidad plenamente vigente y necesaria que es la vida consagrada. Entre dichos frutos se halla una profunda reflexión sobre la propia identidad de los consagrados como una realidad dinámica, siempre haciéndose y siempre por construir, «vino nuevo en odres nuevos» (cf. Mt 2, 13-17).

También hemos asistido a un giro copernicano respecto a la concepción de la misión: no es la Iglesia la que hace la misión, es la misión la que hace a la Iglesia, obra del Espíritu que quiere una Iglesia aliada con él. Es el Espíritu el que la envía, el verdadero protagonista, de modo que la misión es el motor de la vida consagrada. De ahí la necesidad de discernir, para que los consagrados comprendan dónde quiere enviarlos el Espíritu a fin de ser sus auténticos instrumentos.

Esto implica para la vida consagrada ser crítica consigo misma y atreverse a renovarse desde dentro, en su ser, y hacia fuera, en su hacer, evitando los apegos

40 *Ibid.* 20.

41 FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, 1,2.

a estructuras y esquemas del pasado. Implica, al fin, la audacia, franqueza y valentía necesarias –*parresía* neotestamentaria y de la mejor tradición patristica y martirial– para comunicar mejor aquello que ella misma vive. Para denunciar, en estos tiempos de confusión y cambio, la situación actual del mundo con su «cultura de la muerte» y su dimisión de lo humano y lo divino. Pues casi siempre, a lo largo de la historia, tanto la pregunta como la respuesta por Dios y por el hombre van indisolublemente unidas.

Hoy y siempre, la Iglesia y todas las instancias que la integran –también cada uno de los bautizados que formamos parte de ella, como lo recuerda siempre el papa Francisco– han de estar atentos al Espíritu en lugar de esconderse detrás de baluartes institucionales o de refugiarse en los poderes humanos. Algunas manifestaciones de excesivo conservadurismo, integrismo y fundamentalismo son, en último análisis, deserciones de la *parresía* bíblica, de esa franqueza y entereza que es necesario buscar incansablemente, solo porque somos los testigos que, cuando más intensa es la oscuridad, han de dar a conocer al mundo con mayor arrojo y valentía la luz del Evangelio (cf. Ef 6,19).

Para meditar, proponemos un breve compendio de lo que es la vida religiosa extraído de los tratados de Cipriano de Cartago, quien, como todos los santos padres, siempre es inspirador y fuente cristalina del más puro amor a Cristo. A ese Cristo con el que todos los bautizados nos hemos de configurar para restablecer en nosotros la imagen de Dios con la que hemos sido creados. Ese Cristo cuyo alimento fue siempre hacer la voluntad de su Padre (cf. Jn 4, 34):

La voluntad de Dios es la que Cristo mismo enseñó y cumplió: humildad en la conducta, firmeza en la fe, modestia en el hablar, justicia en las obras. Misericordia en las acciones, disciplina en las costumbres, no saber infligir una injuria y tolerarlas cuando se reciben, vivir en paz con los hermanos, amar a Dios con todo el corazón, [...] no anteponer nada a Cristo, porque Cristo no antepuso nada a nosotros, permanecer firmes en su amor, [y] abrazarse a su cruz con fortaleza y confianza⁴².

Creemos que difícilmente, ayer como hoy, se puede expresar mejor y tan sucintamente la regla de vida y la misión del consagrado.

Por otro lado, no todo el panorama es sombrío. No faltan signos de renovación espiritual entre nuestros contemporáneos. Si los sabemos percibir, encontraremos en ellos la inspiración y el estímulo para evitar el desaliento. Hay muchos indicios de una búsqueda de la trascendencia, una nueva sensibilidad religiosa y una vuelta a Dios. Benedicto XVI, muy consciente de esta realidad, decía en la

42 J. A. GIL-TAMAYO (ed.), *Obras completas de san Cipriano de Cartago. La oración dominical*, 15, t. I, BAC, Madrid 2013, 261.

exhortación postsinodal *Verbum Domini*: «No hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor. Para que tengamos vida abundante» (Jn 10, 10) (VD 2).

El proceso de discernimiento al que están invitados todos los religiosos de la Orden para lograr la revitalización-reestructuración que necesitan su presente y su futuro tendrá que hacerse considerando los puntos que hemos señalado en estas páginas y muchos otros aspectos que no se han tocado aquí, pero que están en la mente de todos.

Creemos que se estaría fallando al dinamismo, al momento y a los signos que nos marca la historia si la Orden prescindiera de las fuerzas vivas, necesarias, entusiastas y comprometidas que atesoran nuestras comunidades y que solo requieren consenso, diálogo, participación e inclusión en los proyectos pastorales; estímulo para subirse al tren de la misión compartida; para ser, en medio de los hombres y mujeres de nuestro mundo, junto con las religiosas, religiosos, fraternidades, jóvenes JAR, etc., los mediadores del encuentro con Dios al que todos somos llamados.

«Las personas consagradas deben hacer visibles las maravillas obradas por Dios en su frágil humanidad»⁴³. Pero todos participamos de esas maravillas. La alegría y el amor difusivo derramado en los corazones de los que se han encontrado con Jesús, y ahí estamos todos, religiosos y seglares, serán en el futuro una fuerza capaz de transformar el mundo y construir en esta aldea globalizada en la que se está convirtiendo la sociedad, a pesar del empeño por destruirla de las fuerzas más oscuras y disgregadoras, siempre presentes en el corazón del hombre, una casa común donde todos los seres humanos habrán desarrollado la conciencia de pertenecer a una sola familia humana.

En la construcción de ese mundo por venir ya estamos todos involucrados, la Iglesia entera: clérigos, consagrados y seglares, para que las palabras del Padrenuestro sean una realidad: «¡Venga a nosotros tu Reino!». Para que esa casa común sea también

casa de la paz, fundada ciertamente en Dios, [que] solo se levanta sobre las columnas de esas disposiciones del hombre que son la justicia —«la paz es obra de la justicia»— la superación de las desigualdades injustas, el acceso de todos al desarrollo; la solidaridad, y ese resumen de todas ellas que es el amor mutuo⁴⁴.

Nuestra esperanza se funda en la fuerza del Evangelio y en el seguimiento

43 S. HON TAI-FAI, «Llamados a resplandecer»: G. AUGUSTIN (ed.), *Para Dios...* 156.

44 J. MARTÍN VELASCO, «Ecos del silencio. Danos la paz»: 21. *La revista cristiana de hoy* 1001 (2016).

de la persona de Cristo. Nuestro deseo más íntimo es que los religiosos agustinos recoletos y los seculares, en el ámbito modesto y limitado en el que podemos unir nuestras fuerzas, colaboremos juntos para construir esa *casa de justicia y de paz* que ciertamente no veremos terminada en esta generación, pero de la que queremos sembrar la semilla en el presente, sabiendo que otros recogerán los frutos y continuarán la siembra, porque, «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto» (Jn 1, 24).

Rosi CASTAÑO GÓMEZ
Fraternidad Seglar Agustina Recoleta
Ciudad de México (México)

Resumen

La autora de esta reflexión se centra en unos cuantos aspectos que pretenden interpelar a los consagrados y a los seculares que viven el carisma agustino recoleta para que discernan cómo los llama hoy el Señor a seguirlo desde el ejemplo de su propia vida, en la profecía del amor, en la obediencia a la voluntad del Padre, en la gracia de ser hermanos, en el envío al mundo para resplandecer en él, para ser sal y alegría de la tierra, para infundir en él una nueva esperanza, para retomar fuerzas desde la propia identidad carismática. Para ello, estructura su pensamiento en tres apartados: algunos aspectos sobre lo que se ha de discernir; el envío y la misión; y la espiritualidad de la vida

Abstract

The authoress of this reflection focuses on some aspects that seek to challenge consecrated persons and the laity who live the Augustinian Recollect charism for them to discern how the Lord is calling them today to follow him according to the Lord's very own life, in the prophecy of love, in obedience to the will of the Father, in the grace of being brothers, in being sent to the world so that they may bring light in it, become its salt and joy, instill new hope in the world, and regain strength according to their own charismatic identity. To do this, the authoress presents her thought in three sections: some aspects of what ought to be discerned; sending and mission; and spirituality of consecrated life.